

DE SECUESTROS Y SUCEDÁNEOS¹

Jesús Campos García

El libro ha sido durante décadas la penúltima trinchera –la última, Internet– en la que nuestras obras se parapetan frente a las agresiones pasadas o los ninguneos presentes de la oficialidad teatral. El acceso a los escenarios, siempre difícil para todos, parece constreñirse aún más cuando se trata de nuestro teatro; de ahí la necesidad de establecer cuarteles de invierno en los que subsistir. Y que nadie interprete el enunciado de la realidad como una rendición, sino, muy al contrario, como voz de alerta o llamada a zafarrancho.

Aquí, entre nosotros, os diré que he visto teatros a los que se les achicaban las puertas, abiertas de par en par para lo ajeno, cuando se les acercaba lo propio. Es más, algunos, y no precisamente los menos, cuando sienten la proximidad de una de nuestras obras, las hacen desaparecer; así, como lo cuento: borran las puertas de sus fachadas convirtiendo sus relajadas tragaderas en fortines inexpugnables. Alardes de la mampostería, pues, en su cerrazón, se blindan con muros tan afianzados que no es posible penetrarlos ni con una llamada telefónica. Siempre cabe la posibilidad de enviar una paloma mensajera; la paloma es un icono incontestable; lo que, por otra parte, no deja de ser un inconveniente, ya que con esta excusa los alcaides teatrales se guardan muy mucho de contestar. Sea como fuere, es evidente que falta comunicación. Y esto es así hasta el extremo de que, si el teatro, como dicen los “pinterianos”, es incapaz de comunicar –o sólo puede comunicar la incomunicación–, el nuestro debe ser de los mejores, pues no sólo no lo comunicamos, sino que ni siquiera conseguimos comunicarnos con sus encumbrados alcaides.

¹ Artículo publicado en *Las Puertas del Drama*, núm. 20 (Otoño 2004), pág. 3.

Desterrados de los teatros y condenados al ostracismo, el libro viene a ser paño caliente, remedio casero con el que aliviar magulladuras de contienda, vamos, cataplasma; cuando su finalidad debería ser la de documento previo o posterior a la representación, y nunca una realidad sustitutoria. Que es lo que ha ocurrido con muchas obras que nunca subieron al escenario y que, al no hacerlo en su momento, sólo existirán en los libros. El teatro se escribe para confrontarlo, y si nos amputan el público, mal puede el lector solitario confrontar su respuesta. De ahí la conveniencia de las lecturas públicas. Los nuestros son textos destinados a la colectividad, y su recepción debe ser colectiva. A veces imagino como la peor de las pesadillas a un lector solitario observado por el autor, no menos solitario, a la espera menesterosa de la más mínima complicidad. Y después, el vacío. Pero mejor no dar ideas. Nada, pues, contra el libro; sólo faltaba. Y todo contra el estado de cosas que pervierte su función.

Claro que las cosas pueden cambiar, deben cambiar, tienen que cambiar. Vivimos eternamente en vísperas; no sé si de victorias o de derrotas, pero siempre en vísperas. Y siempre atentos a la más mínima señal que pueda suponer un indicio de normalización. En el empeño de reconciliar la necesidad de decir con la necesidad de escuchar, estamos por sumar, y cualquier cambio político, incluso el menor de los nombramientos, es recibido con mucho más crédito del que, lamentablemente, luego resulta merecer. Aun así, no cejamos. Y tendemos la mano. No en vano nuestro oficio nos hace duchos en fajarnos con las contradicciones, y esta no es manca.

Claro que la contradicción no es sólo nuestra. Entre los mandamientos de los boletines oficiales deberían incluir "No utilizar el nombre del autor en vano". Somos los más ayudados al establecer las intenciones y los más denostados al cuantificar. Si quisieran, podrían, pero no; año tras año, y mande quien mande, se repiten, invariablemente, las mismas fórmulas que ya han demostrado su ineficacia. Tal vez deberíamos llevar los boletines oficiales al psicoanalista, no sea que acabemos todos en el psiquiátrico. Mientras tanto, se renueva la escena –

lavado de fachada, pura vanagloria– y, perplejos, contemplamos cómo, al margen de la realidad, se pasa del teatro casposo al teatro esnobista; dos opciones igualmente “catetas”: la una, rancia y obtusa; la otra, de nuevo rico, que compra lo más caro, lo más moderno, lo más superlativo; cualquier teatro antes que permitir que el escenario refleje a la sociedad que lo contempla.

Con semejante panorama, no es de extrañar que muchos de los que podrían crear la nueva dramaturgia española hayan emigrado a otros soportes: cine, televisión, y pronto también Internet. Nuestra fuerza está en nuestros escritos, y de un modo u otro, como el agua, que siempre encuentra camino, nuestros dramas llegarán, finalmente, a la sociedad que los genera. Y en última instancia, mientras los teatros sigan secuestrados, siempre nos quedarán los libros.